



# EL ORATORIO DE ISABEL LA CATOLICA.

Novela por Carolina Coronado.

(CONCLUYE.)

V

¡Qué expresion la del rostro del duque cuando hizo salir á Rosita! Era como arrojar al Angel de la Guarda para entregarse al demonio en figura de Samuel. Su mirada desgarradora siguió fija en la puerta despues de cerrada como si quisiera traspasar las maderas que le impedían ver los rayos de aquella luz, única que brillaba ya en la horrible tiniebla que había envuelto su vida. El remordimiento, como una serpiente que anida en la cabeza y da latigazos al corazon, le embargaba los sentidos. Así cayó sin aliento en una silla, ofreciendo, por señas, á Samuel que se sentara, lo que no quiso aceptar.

—Gracias, señor duque, gusto estar de pie y siento mucho la situacion violenta de esta familia, pero no puedo remediar su mal.

—Voy, Samuel—contestó el duque haciendo un esfuerzo,—á explicar á Vd. algunas cosas y tal vez nos entendamos. Yo estoy arruinado, es verdad. La quiebra de la compañía de minas y el cataclismo de las empresas de ferrocarriles me obligaron á vender precipitadamente mis posesiones del Rhin, y los préstamos sobre las fincas de mi mujer para sostener la administracion hechos en condiciones ruinosas.

—Señor duque, el 15 ½ por 100 no creo que sea usura.

—No digo usura; pero el apremio de los intereses me obligó á vender las fincas.

—Yo no pude evitarlo; los plazos venían.

—No obstante todo esto, yo tengo parientes en Alemania, á los cuales he acudido, y sé que no me faltarán. Tambien entre los que han tenido la culpa de la bancarrota se ha promovido una susericion para auxiliarme y no necesito sino un nuevo plazo, aunque sea breve, para poder cumplir como deseo.

—Imposible, señor duque.

—Iría á Madrid. Yo he favorecido á muchos; muchos me deben su fortuna; y crea Vd. en la palabra de un hombre honrado. Usted tendrá su dinero; sólo necesito un respiro, Samuel. Aquí no tengo con qué cancelar el pagaré.

—Yo deseo servir al señor duque, y le daría ese plazo que me pide si pudiera responder con algunas alhajas.

—Lo que tengo está á su disposicion.

—Veamos.

—Este servicio de lavatorio de plata sobredorada.....

—Plata vieja.

—Era de mi padre.

—Eso no le hace valer más que su peso de plata vieja.

—Esta campanilla de oro cincelado....

—No dudo que tendrá buen sonido, pero poco peso.

—Este cuchillito de oro.....

—Un juguete.

—Tiene piedras.

—Unas turquesas y unos rubies.....

¿Qué más?

—Este reloj—añadió el duque sacando del bolsillo un magnífico remontoir.

Samuel lo examinó como un anatómico pudiera examinar un esqueleto, y dijo:

—No es mala pieza, pero se vende tambien al peso.

—¿Cuánto puede valer esto, Samuel?...

—Necesitaría hacer una tasacion escrupulosa..... no quisiera justipreciar ligeramente prendas que se estiman por su dueño demasiado, tal vez.....

—Pero poco más ó ménos.

—Yo no daría más de 5,000 rs. por todo.

—¿La cuarta parte del pagaré!

—Ya ve el señor duque que esto no basta.

—¿Y qué he de hacer?

—En efecto, la situacion es apurada.

—No sé qué ofrecer á Vd., Samuel.

—¿Si el señor duque tuviese muebles antiguos ó telas antiguas..... tisús!

La señora duquesa tenía muy buenos encajes....

—Ha tenido que deshacerse de ellos en Madrid.

—Abanicos antiguos....

—Tambien se los llevaron.

—Tenía un oratorio, si mal no recuerdo, que pertenecía á Isabel I.

—Sí, pero....

—Era una alhaja de valor.

—No de valor intrínseco.

—Pero siendo de valor artístico, yo me conformaría.

—Samuel, el único consuelo que tiene mi mujer en esta desgracia, son sus devociones.

—Lo comprendo, pero para orar no se necesita oratorios régios.

—Era de su madre.

—Su madre ve desde arriba que la hija necesita pagar, y no se ofenderá porque....

—Eso que dice Vd. me hace mucho daño, Samuel.

—No me propongo hacer daño al señor duque.

—Podiera Vd. aceptar estas alhajas mías, y yo haría un pagaré por el resto.

—Me admira, señor duque, que teniendo todavia con qué pagar, se niegue Vd. á ello.

—El oratorio no es mío, y yo no puedo violentar la conciencia de mi mujer.

—La conciencia, señor duque, la conciencia no es conservar lo que no nos pertenece, eso sería negociar con Dios y....

—Samuel,—interrumpió el duque ir-

guiéndose con altivez.—mi desgracia no autoriza á usted para faltarme.

—Señor duque, soy bastante honrado para abusar de la desgracia, y sólo me he permitido hacerle una reflexion.

—Esas reflexiones me ofenden.

—Pues, ceso; pero, ¿no cree el señor duque que hay algo de fanatismo en dar importancia á un mueble, que al fin no es más que una forma elegante de devocion?

—Yo no juzgo las acciones de la señora á quien respeto.

—Y yo la respeto, me atrevo á decir, tanto como el señor duque.

—Así debe ser.

—Pero no hallo medio de salir del barranco.

—Yo iré á hablar con mi mujer.

—Perfectamente. Confío en su discrecion.

## VI

Samuel era de origen español. Sus antepasados habitaban ya en Andalucía en el siglo XV y fueron, en la expulsion de los judíos, unos de los que pasaron á Alemania, desde donde la rama primogénita de la familia Disraeli se trasladó á Lóndres, en cuya ciudad prosperó rápidamente, hasta llegar á ser uno de sus descendientes ministro de la corona, luego jefe del Gabinete, el consejero más íntimo de la reina, y últimamente miembro de la Cámara de los Lores. Lo que quiere decir que en Inglaterra son más afortunados los hebreos que lo fueron en España, sea por la aproximacion de sus creencias con las del culto del Estado ó por las concomitancias burocráticas. Ha habido, no obstante, en España algun ilustre jefe de Gabinete que, llevado del generoso impulso para reparar la injuria que se hizo á aquel pueblo traficante y laborioso, les escribió con tierno desvelo para que volviesen á la *madre patria*, y tal vez fué Samuel uno de los atraídos á fijar su residencia en Sevilla, en cuya poblacion tenía parientes y á la cual acostumbraba á venir todos los años despues de pasada la Semana Santa.

Samuel era buen negociante, no mal hombre. Obedecía al instinto de su raza procurando el oro por los medios lícitos del préstamo y, naturalmente, cuando veía alguna fortuna próxima á caer, rondaba y se iniciaba en los secretos de la familia y seguía los pasos de sus individuos hasta que llegaba el momento oportuno de aprovechar aquellas brevitats que caían por sí mismas, maduras y entreabiertas, goteando la rica miel que el judío saboreaba en los palacios del duque.

En las largas temporadas que había pasado en Madrid con la buena posicion que le proporcionaba la intimidad del ministro inglés, había sido testigo de los desastres del duque y había terciado en las transmisiones de sus bonos y en las ventas de sus fincas. Aunque hablaba de muebles, de telas y de encajes, sabía bien que no le quedaba á Valeria más que el oratorio, por la sencilla razon de que las mejores alhajas las tenía él en su casa adquiridas por segunda mano á precios insignificantes. El conocía muy á fondo al duque. El duque había caído en la emulacion que impulsa en estos tiempos á la nobleza á salir de sus atrincheramientos. Viendo cómo por gracia de los sistemas constitucionales el pueblo sube al Parlamento y el Parlamento se hace grande de España, ha entrado en rivalidad con los diputados y los industriales luchando en los comicios y danzando en los negocios. Pero, desgraciadamente, como la índole y la educacion de estos antiguos infanzones no se avienen con ciertas prácticas del vulgo y no están iniciados en los misterios bursátiles, siempre sin ser los actores del drama son las víctimas del fiasco. Sus nombres campanudos al frente de las empresas mercantiles son el reclamo que explotan los que están entre bastidores, y el duque había sido uno de los silbados. Y ya se sabe que Madrid tiene abundancia de pitos para el aristócrata que cae. Es la venganza de

las clases que no se satisfacen hasta que se extingue aquella que ha producido la envidia y los rencores de los que sólo á fuerza de trabajos han podido subir y colocarse al nivel de los que nacieron privilegiados.

Además, Valeria era muy hermosa y de virtudes excepcionales, y esto añadía á los ojos de la burguesía dobles motivos para que se la tratase con rigor. No poder decir que una duquesa de alta extirpe, era una dama liviana, destruía parte del argumento que sirve todos los días á la democracia para fundar sus teorías. Por otra parte, los cortesanos realistas tambien se alegraban de esta caída, por lo mismo que el duque había sido benévolo con la democracia. La verdad es que la sociedad moderna, compuesta de elementos contrarios que se esfuerzan por confundirse y se rechazan para unirse, es una batalla sangrienta donde caen muchos muertos y muchos heridos.

## VII

Cuando Rosita volvió al cuarto de su madre, echada de la conferencia, Valeria lloraba desconsoladamente.

—No llores,—dijo Rosita abrazándola,—que ya le he dicho á ese hombre que tiene los ojos como el baston.

—¿Y papá, qué hacía?

—Papá estaba muy serio.

—¿El hombre no se fué todavía?

—¡Cá! está allí con el lagarto en la mano.

—¡Jesus, Dios mío!

—No llores, yo volveré á decirle que se vaya.

—No, déjale.

—El no se queda aquí.

—Ya se irá.

—Verás cómo se oye el coche.

—¿Lo oyes ya?

—No le oigo, pero eso será porque están comiendo los caballos.

—Yo ví los caballos y son muy flacos.

—Ahora me parece que suena, ¿lo oyes?

—No; pero irán muy despacio, porque los caballos parecen esqueletos.

—Ya debía haber concluído.

—¿Quieres que vaya otra vez?

—No; porque papá no quiere.

—Yo no entro en la sala.

—No, hija mía.

—Ellos no me ven.

—Ahora oigo ruido....

La duquesa se acercó á la puerta y la abrió y la volvió á cerrar. Todo estaba en silencio.

—No sé—dijo Rosita despues de madura reflexion—por qué tienes miedo de ese hombre, yo le dije que tenía miedo de él, pero no tengo ninguno.

—¿Por qué le dijiste eso?

—Para fastidiarlo.

—¿Y se enfadó?

—¿Qué sé yo? Los ojos son verdes!

—Mejor que hubieras estado amable.

—¡Yo no le puedo ver!

—Pero las niñas deben ser bien criadas.

—Sí, pero él parece un criado.

—Cállate, que ahora sí que se oye ruido.

—Es la puerta.

—Ahora sale.

—¡Gracias á Dios!

En efecto, se abrió y se cerró una puerta y se abrió otra. Era el duque.

—¡Ah!—exclamó Valeria—¿qué ansiedad! ¿Cómo vienes?

—Ten calma, Valeria y óyeme.

—Habla, Alvaro, ¿no cede?

—Con ciertas condiciones.

—¿Qué quiere?

—Alguna garantía de alhajas ó muebles.

—¿Y qué le has dicho?

—Le he dado la plata y el reloj.

—Aquí están mis zarcillos—repuso la duquesa—quitándoselos vivamente de las orejas.

—Yo no se los llevo, y además no se satisfaría.

—¿Qué exige?

—Me habla del oratorio.

—¡Ah!

—Yo me he negado.

—Mira, Alvaro, por malo que sea ese hombre, si yo le explico lo que es para mí el oratorio, él desistirá.

—¿Quieres verle?

—Yo le daría los zarcillos y estoy cierta de que nos dejaría en paz.

—Me temo, pobre amiga mia, que inútilmente hagas el sacrificio de recibirle.

—No, Alvaro, yo tengo confianza en mi persuasion.

—Sea; le diré que entre.

El duque salió con ese paso que llevan los que van al suplicio, y volvió acompañado de Samuel. Valeria le recibió con digno pero afectuoso porte, y le invitó á sentarse. Samuel no aceptó.

—Estoy bien de pie, señora duquesa—dijo humildemente—y espero sus órdenes.

—Yo agradezco á Vd., Sammel—dijo Valeria con sentido acento—cuánto ha hecho por mi marido, y deseo que todo se arregle.

—Yo tambien lo deseo, señora duquesa.

—Aquí tengo esta joya, que tal vez pueda hacer al caso, y se la ofrezco á Vd. de buena voluntad—añadió presentándole los zarcillos.

Samuel los tomó y les dió vueltas, los miró al trasluz y replicó:

—Son buenos brillantes, pero....

—¿No serán bastante?...

—¿Qué idea tiene de estas cosas la señora duquesa!—exclamó Samuel sonriendo.

La duquesa se puso encendida, y replicó secamente:

—Ninguna.

—Ya lo veo, señora duquesa.

—¿Qué quiere Vd?

—He venido á tratar con el señor duque,—respondió Samuel friamente, dando un paso para salir.

—Mi marido me dice que quiere Vd. el oratorio.

—Yo no lo quiero, pero entiendo que el señor duque quiere cumplir su palabra de honor.

—El duque cumple siempre sus palabras.

—Nunca lo he dudado.

—Y ahí tiene Vd. el oratorio,—añadió Valeria, levantándose con ademan supremo;—¿que Dios le perdona!

El duque tenía en los brazos á su hija, y se retorció las manos en la cintura de la niña, sin poder reprimir su cólera.

Samuel se acercó al oratorio, y levantó el paño negro que lo cubría.

Ya estamos aquí otra vez dos razas, dos creencias, dos pueblos que han luchado por siglos, personificados en un judío y una católica, frente á frente como en la época del oratorio que promovía la lucha. Las iras de aquel pueblo diseminado y errante, cargado de vituperios. El calor de aquellas hogueras que devoraron tantos israelitas, encendió como chispa en el rastrojo los ódios de Samuel y brilló en sus ojos luminaria fosfórica que pudiera alumbrar á oscuras, como la del gato enfurecido, y que aun habiendo luz chispeaba. Un leve temblor en su barba hacía parecer que chascaba alguna cosa. Desencogió su brazo izquierdo, que sólo funcionaba en ocasiones, y con las dos manos abrió de par en par las puertas del oratorio y descubrió á la Virgen de la Concepcion, preciosísima escultura de Montañés, que aún se conserva en Andalucía.

Valeria, al ver al judío acercarse al santuario donde su alma se refugiaba, donde estaba escondido el espíritu misterioso que la sostenía, lanzó un gemido y cayó de rodillas. El duque se acercó á Samuel con el rostro descompuesto, y la niña, adivinando que pasaban cosas horribles, se interpuso entre el oratorio y su profanador. Samuel, al ver á la duquesa arrodillada, se exaltó doblemente. La devocion de la una exasperaba la impiedad del otro y así con mano atrevida y expre-

sion de infinito desprecio, sacó la Virgen de su nicho y volviéndose á la niña la dijo:

—Puedes guardar esta muñeca, que no hace falta.

—¡Infame, judío, hereje!—gritó Valeria levantándose fuera de sí,—¡Alvaro, échalo fuera!

No era necesaria esta excitacion. Alvaro había saltado sobre Samuel, y agarrándole por el pescuezo le arrastró por la puerta que daba al jardín al borde del estanque, y allí, frenético, sin conciencia de lo que hacía, lo alzó con la fuerza de la locura, y lo arrojó al estanque de cabeza. Sonó un golpe como de algo muy duro que choca contra la piedra, y multitud de peces salieron á flor de agua.

Alvaro, siempre vertiginoso, corrió desfavorido por el jardín, con la cabeza ardiendo y sin ver la tierra que pisaba.

Valeria, que había salido trás él, y presenciado la escena, gritaba espantada pidiendo socorro, y Rosita, asida á la falda de su madre, daba grandes gemidos; pero las gentes estaban lejos, y al infeliz Samuel se le habían enredado las algas en el pescuezo. Si las flores amarillas hubieran sido de oro rígido, de seguro hubiera podido salvarse agarrándose á ellas, pero eran tiernas flores, y se ahogó.

Cuando acudieron las gentes campesinas y le sacaron ya estaba muerto. Rosita, no aguardaba ver, entre los peces que alimentaba con migas de pan, aquel pez humano que se nutría de *pagarés*. Este pagaré se le había clavado en el gáznate como la punta de un anzuelo.

Cuando el duque se recobró del vértigo y regresó al sitio de la catástrofe, volvió á ser lo que había sido siempre, un caballero. Declaró á todos su culpabilidad en la muerte de Samuel y mandó al cochero que fuese á dar parte al juzgado de Sevilla de la muerte de su amo, pidiendo que viniese á instruir la debida sumaria, quedando él custodiando al muerto para entregarlo á la justicia y entregarse él mismo.

¡Qué día! ¡Qué casa! ¡Qué desolacion! Los que han nacido abajo no pueden comprender las desventuras de esas grandes caídas. El que está en el valle no puede formar idea exacta de lo que sufre el que cae de lo alto del mundo. ¡Dichosos los hijos del pueblo que nacieron pobres y no conocieron los honores! Esos han tenido mejor suerte que Valeria.

Antes de la noche se presentó el juez de Sevilla, y despues de la declaracion espontánea del duque, que no trató de disminuir ni un átomo de su culpa, le manifestó que se veía en el triste deber de hacerle conducir preso á la cárcel de Sevilla.

Su causa era mala, pero aún cuando hubiese tenido atenuantes, la presencia del ministro inglés hubiera agravado la situacion.

Se trataba de un miembro de la familia Disreali, y el proceso marchó tan rápido, que ántes de ocho meses el duque fué condenado á presidio en Ceuta. El duque aparecía como un hombre que despues de haber tomado un préstamo de un negociante le mata, cuando va á cobrar el dinero, en su propia casa. Si no le condenaron á muerte fué porque los sabios magistrados de Sevilla vieron en este proceso una buena fé en el reo, que les hacía adivinar lo que realmente había sucedido.

En el mismo vapor que conducía á Ceuta al condenado iba una mujer vestida de negro y una niña como de cuatro años. Eran Valeria y Rosita que acompañaban á Alvaro para vivir á su lado en Ceuta.

Rosita, que debía haber sido una princesa opulenta, iba á vivir entre presidiarios.

El día en que se publicó la sentencia condenando al duque, se reflejaba la opinion de los partidos en sus órganos de este modo:

EL CLAMOR PUBLICO (progresista.)

“El duque de Hanstfeld y de Riesterfilit, marqués de Kalvaid y conde de Briesk, ha sido condenado á presidio por haber ahogado á un inofensivo isrealita, con quien tenía

deudas pendientes. Esta es una de tantas glorias de nuestra nobleza española, que es escándalo en Europa. ¿Hasta cuándo han de tolerarse esas demasías? Puede estar ufano el partido conservador con poseer en el Parlamento estos magnates que quieren parecer gigantes cuando no son más que *pigmeos*. ¿Qué dirá la Inglaterra, esa nacion que ha dado hospitalidad á los que güimen en el ostracismo?”

LA ESPERANZA (realista.)

“La condena del duque de Hanstfeld es una verdadera desgracia para la nobleza y prueba lo que hemos repetido tantas veces con sereno juicio: que la nobleza no puede hacerse liberal sin degradarse.”

EL DIARIO ESPAÑOL [union liberal.]

“Ahora que las relaciones con Inglaterra entraban en una vía satisfactoria por la acogida lisonjera que Disraeli ha dispensado á nuestro nuevo ministro en Lóndres, un hecho de que no hay ejemplo en el mundo financiero y que refiriéndose á un deudo del que dirige los destinos de la potencia más respetable de Europa hiere con nota discordante la fibra diplomática creando tal vez dificultades á nuestro distinguido representante en la corte británica.

“Esperamos que el noble lord que conoce tan bien las simpatías de este país, con su política trascendental sabrá distinguir entre los arrebatos individuales y la sereuidad colectiva de gobiernos amigos.”

LA DISCUSION (demócrata.)

“No ha terminado en España el odio contra los hebreos; un honrado negociante perteneciente á aquella raza injustamente perseguida, acaba de ser asesinado por un individuo de la nobleza española.

“El tribunal ha condenado al duque asesino á presidio. Si en vez de un duque hubiera sido un humilde artesano, ¿cuánto no laborotarían con la democracia!”

LA EPOCA (conservadora.)

“El fatal accidente ocurrido al duque de H..... ha tenido la lamentable consecuencia que nos comunica hoy el órgano oficial, y que llevará la consternacion á la alta aristocracia del Rhin.

“El duque de H..... está enlazado con la primera nobleza alemana, que tiene ramificaciones en varias cortes europeas por diversos enlaces de los antiguos Hanstfelds-Hornearhek-Jaxis-Dinaralchenk, miembros de casas gran ducales de Dinamarca y de Hungría.

“Por parte de padre descienden de Cristian III por enlace de la cuarta mujer, la princesa Kalvaid, uno de cuyos biznietos casó con la princesa Palatina, y por parte de madre de la princesa Kansebourh Briesk, que casó con el duque de Brounkuh-Cottorp-Hasse.

“No sería extraño que el príncipe de Hakinperhes-Saxe-Jurris, cuyos títulos y riquezas inmensas debiera heredar el duque de H....., se creyera en el deber de pedir al capítulo de la alta nobleza germánica que se dignase designar otro heredero, por la desgraciada ocurrencia que tal vez, y probablemente, imposibilite al duque de H..... para ceñir la diadema principesca, donde brillan triples florones de las casas de Hansebergh-Kusembourgh y Kalsembak. Reciban todas aquellas ilustres casas la simpatía que desde este país caballeresco les envía LA EPOCA.”

EL GIL BLAS [satírico.]

“Cuando el insigne Víctor Hugo escribió *El Rey se divierte*, escribía bien. Parece que nuestros nobles se divierten en echar judíos á nadar. Es el mejor modo de saldar cuentas que no pueden pagarse. Los tribunales han enviado á Ceuta al ilustre duque para que vaya á pescar truchas. ¡Buen viaje!”

FIN.

## IDEAL.

Nació un amor en mí, sin duda el último, vergonzante, tan hondo y tan secreto, que es mi único deleite acariciarle de mi sér en lo íntimo, en silencio....

Ardiente como el rayo postrimero de un Sol que ya está próximo á su ocaso, y por régia mortaja, cuando muere, tiene en lugar del pálido sudario la púrpura brillante, el amor mio, fruto invernal de mis postreros años, vuelve á tomar las tintas matutinas y la frescura, el vigor y encantos, en el lecho mortuorio vespertino lo mismo que en la cuna, y el sudario trueca, del trovador por los arreos, y empuñando el laud, entusiasmado, al viento lanza su sentida queja, y le confía sus tiernos sobresaltos.

Remedo de los fieles amadores de otros tiempos remotos, me recato de nombrar á mi amada, temeroso de causarla en su fama menoscabos....

¿A quién, por otra parte, ha de importarle que lleve un nombre ú otro la que amo, si aun ella misma ignora, porque es justo, que este amor arda en mí con fuego insano?..

Además, ¿con qué nombre la nombrara, si jamás la miré, desventurado!, ni sé cuál sea su estirpe, aunque presumo que debe ser de un encumbrado rango?....

Jamás la ví en verdad, no porque yazga presa en un torreón bien almenado, ni sepultada en vida, de un convento en el austero y solitario claustro.....

Jamás la concreta.... en una sola figura corporal.... Dios la ha formado con todos los más bellos atributos que de la ví perfeccion tuvo á la mano.... La miro sólo en sueños, aun despierto, y por el nombre de *Ideal* la llamo....

En el mundo real, tan sólo encuentro alguno que otro rasgo, siempre vago, de la rara beldad que de mis ansias es el objeto en mis postreros años....

Aquí, de su castaña cabellera los cadejos apénas encrespanos, como se encrespan, al caer la tarde, mansamente las ondas del Océano....

Allí, la tersa y espaciosa frente, prision del pensamiento soberano, cuya extension denuncia la grandeza de las ideas que guarda el santuario....

Allá, las hondas cuencas en que lucen, por sedosas pestañas bien velados, símbolos de candor y de ternura, cintilando, sus bellos ojos garzos....

Acullá, su nariz de corte griego y que arrancando del frontal preñado, remata en dos graciosas ventanillas que al balsámico aliento paso dando, se hinchan como las velas de las naves, dando vida á sus lóbulos rosados....

Acá, su blanda y sonrosada oreja, laberinto de amores, intrincado, en cuyo pabellon se transparenta de las venas la sangre circulando....

Allí, su boca fresca y acotada por dos holluelos hondos, que de encanto á modo, dejan presa entre sus miras la voluntad de aquel que osó mirarlos....

su labio superior, pulposo y breve que está á los castos besos convidando, y corona un sutil, sedoso vello, tan suave como el vello del durazno....

y una hilera de dientes, prisioneros de aquellos rojos recogidos labios, que bien remedan perlas encerradas en estuche de felpa tapizado....

luego, el labio inferior, que perezoso, sobre la barba hundida descansando, muestra indolente su interior, que finje pétalo de camelia satinado....

Acá, el ebúrneo cuello en que azulean,

como la veta en transparente mármol, las venas, que palpitan á intervalos, la sedosa epidérmis levantando....

Allá, la hendida espalda, que una curva graciosamente inclina, como el tallo de la flor que se mece en los jardines, el rigor de la recta moderando.....

Los hombros redondeados, do alevoso el Amor, traicionero ha practicado, la carne hundiendo por detrás, dos nidos ó dos holluelos, al clavar sus dardos....

El seno, que turgente y sin sosiego, el amor y la vida denunciando, levanta á trechos el pujante aliento que sostiene aquel cuerpo belio y sano....

La cintura gentil, que no es de abeja, sino de Vénus, mórbida, ensanchando su curva entrante en la saliente curva llamada Calepigia, que con garbo de la cadera abajo se espacia, el agraciado tronco rematando.....

El pie, ni tan pequeño que por sobra de extrema brevedad venga pecando, ni tan grande que altere la armonía del conjunto, es de empeine levantado, cruzado en el juanete, y en su escorzo forman la planta y el talon un arco....

Los brazos, do las carnes sonrosadas, discretas han los huesos ocultado y forman sendos nidos en los codos cuando lánguidos cuelgan.... y unas manos do no se sabe qué juzgar más bello, si el amplio metacarpo acojinado por carnes blandas, con primor vestidas de un cútis terso, transparente y blanco que se hunde en los nudillos, ó los dedos largos, ligeros, blandos y afilados, cuyas falanges tienen proporciones rigurosas, y vienen rematando en sendas uñas que en graciosas curvas, van sirviendo á las yemas de resguardo, y que la sangre tiñe sóbriamente con un color de rosa degradado....

Jamás la ví concreta.... en una sola figura corporal.... Dios la ha formado con todos los más bellos atributos que de la perfeccion tuvo á la mano.... la miro sólo en sueños, aun despierto, y por el nombre de *Ideal* la llamo.

Tacubaya, Mayo 20 de 1897.

JUAN N. CORDERO.

## UN RAMILLETE DE ROSAS.

HISTÓRICO.

(CONCLUYE.)

IX

El día siguiente á media mañana, pareciéndole que Carlos estaba de ménos mal humor, y algo más alegre, con la aguja de crochet en las manos y haciendo cierta labor, se puso junto á él y se le mostró risueña, dulce y cariñosa cuanto pudo. Habíase propuesto quitarle el terrible revólver, y se lo había pedido como gracia muy singular y con mucha instancia á la Bienaventurada Virgen, al comulgar en su altar.

—Dime, hijo mío, añadió despues de otros preámbulos; ¿puedes tú echar en rostro á tu madre, que te haya negado jamás cosa que en su mano estuviere el concedértela?

—¿Qué pregunta! Vd., ha sido siempre para mí la mejor de las madres; buena, bonísima; y si Vd., me permite que lo diga, buena en demasía, y casi loca por mí. ¿Cuanto me ha dado Vd.! Creo haber recibido de Vd., en regalo más de un millon. Mientras el padre vivió ¿no fué Vd., mi refugio? Para mí tenía Vd., siempre abierta la bolsa.

—¿Ay, Carlos mío, lo que te he dado lo tengo en nada! ¿No es acaso tuyo todo lo mío? pero tú tambien habrías de hacerme un precioso regalo.

—¿Y cuál?

La señora habiendo metido la mano debajo de las almohadas en que tenía el jóven hundidas las espaldas, sacó el revólver, y contestó:

—Hé aquí el regalo que te pide tu madre; esta arma.

—Mas ¿qué hará Vd., de ella?

—La guardaré como un recuerdo tuyo.

—¿Afrentoso recuerdo, madre mía! Pero si es así que le contenta, tómela Vd.; mas deje que ántes la descargue.

—¿Cómo! ¿la tienes cargada?

—¿Se entiende! respondió Carlos, y tomando el arma sacó de ella los cartuchos; miró y volvió á mirar muy complacido la belleza de la culata, toda de plata esmaltada, y se la volvió á poner en las manos.

—¿Gracias, hijo mío! exclamó ella estampándole toda alegre un ardiente beso en la mejilla. Esto será para mí una memoria tuya gratísima. Ahora ¿aceptarás tú una mía?

—No la necesito. Yo, mi buena mamá, la llevo á Vd., impresa en lo vivo del corazon.

—Mas, un pequeño objeto que te recuerde tu madre....

—¿A qué fin? Dentro de poco moriré. Si es verdad que hay otra vida despues de ésta, no tengo necesidad de objetos que me recuerden á Vd. Donde esté el corazon de Carlos, allí estará la memoria de su madre. Pero si acaba todo con la vida....

—¿Qué dices, hijo?

—¿Bien, bien! yo no quiero disgustarla; deme lo que le agrade.

—Este es el recuerdo que yo te ofrezco, y deseo que siempre descanse sobre tu pecho.

Diciéndole esto, púsole una hermosa medallita de oro de la Inmaculada, atada á un cordoncito azul celeste.

Carlos al verla sonrió, y con un aire de fría compasion:

—No se ofenda Vd., de ello, repuso, mas yo le ruego que lleve Vd., al cuello por mí esta medalla. Llevándola yo, la profanaría. Vd., cree en la Virgen, yo no: Vd., que tiene fé en Ella, dígame que la tiene encima á cuenta mía. Cuando tenga yo en Ella la fé que Vd., tiene, le aseguro, mamá, que la amaré como Vd., y grabaré su imágen en el pecho con fuego.

La madre estaba para hacerle una violencia más amorosa; pero temiendo echar á perder la obra, se detuvo. Sin embargo, le acercó á la frente la medalla, y con ella le hizo la señal de la cruz, diciéndole:

—Carlos mío, no desdeñarás al ménos que tu mamá de la tierra te bendiga en nombre de tu mamá del cielo.

El jóven la dejó hacer. Dióle inmediatamente un abrazo, levantó en alto los ojos, rompió en sollozos, y tomando el conquistado revólver se retiró.

Este era el primer trofeo de victoria que á sus maternales lágrimas había concedido María. Ella, por su parte, el mismo día hizo suspender aquel mortífero joyel de arte, como exvoto, en el altar de la piadosa Reina del cielo.

X

El día 17 de Mayo era el natalicio de Carlos. La madre se preparó en oracion y llanto á festejarlo. La tarde del 16, al tiempo que rogaba delante de la Virgen Inmaculada, vino de repente un pensamiento, que recibió como una luz enmanada de las manos de aquella divina Imágen, que despiden rayos de fulgor.

Ella sabía cuán aficionado era su Carlos á las flores. A la mañana siguiente, tempranito, encargó un ramillete de rosas las mayores, más frescas y lozanas que se pudieran encontrar. En teniéndolo, dentro del boton á medio abrir de una de las rosas, sujetó con una cinta de raso la medalla que Carlos había rehusado y la colocó tan artificialmente, que parecía de verdad encerrada entre las hojas naturales de la flor. El ramillete fué luego colocado en una de las gradas del altar de la

Virgen, en donde estuviese mientras durasen las dos misas que había hecho celebrar la señora á su intencion, en la primera de las cuales recibió la Sagrada Eucaristía. Lo que esta madre diría por su hijo moribundo á la Madre de Dios, no es fácil imaginarlo.

De vuelta á la posada, fué luego á visitar al jóven, que ya vestido estaba sentado en su lecho.

—¡Buenos días y felices fiestas! le dijo echándole los brazos al cuello y estrechándole á su seno, como si quisiese traspasar su propia alma á la del hijo.

Despues, mostrándole el ramillete:

—Carlos, añadió, he aquí el don de tu madre. Veinte y ocho años hace que en tal día naciste tan agraciado, que dí en llamarte "mi rosa de Mayo." Ahora toma estas rosas, y haz cuenta que tomas con ellas el corazon de tu madre.

El hijo, todo enternecido, asió juntamente con las rosas las manos maternales, que cubrió de lágrimas y besos. Despues, recobrado de la emocion y poniéndose á besar aquellas flores, dijo con voz entrecortada por los sollozos:

—Mamá, en estas rosas pretendo besar el corazon más bello del mundo, el corazon de Vd.

Y habiéndose parado á contemplar en silencio la hermosura del ramillete y á gozarse con su perfume:

—Estas rosas, continuó, se han de conservar: se disecarán, y bien acomodadas en una urna con su cristal delante, Vd. las colgará en mi sepulcro. Este es el recuerdo que con grande reconocimiento acepto de Vd., y que deberá sobrevivir á mis días.

—¿Oh! ¿conque aceptas gustoso estas rosas? le preguntó con énfasis la madre.

—¿Gustoso! ¡O mejor con toda el alma! ¡Qué bellas, qué lindas son! Y ¿de dónde vienen? ¿de Florencia?

—Del paraíso vienen Carlos.

—¿Del paraíso? ¡En verdad, si el paraíso existiese, con estas flores debería estar esmaltado!

XI

Habiéndose Carlos reparado con un cordial, desde el lecho había pasado al sofá, y medio echado como para dormir, se había encima de él abandonado: volvió distraídamente á repasar con la vista una por una aquellas doce rosas, que doce eran, con sus rústicos tallos, con sus verdes hojas, con sus capullos, unos más abiertos, otros ménos; cuando de repente le pareció distinguir un color diverso dentro de aquel boton, tambien encarnado, que ocultaba la cintita. Con dos dedos ensanchó el cáliz, y con gran sorpresa suya descubre él el pequeño grupo. Lo saca, lo desenvuelve, y de aquella cinta se le desata en la mano pendiente la medalla. La mira fijamente.

—¿Qué bella señora! piensa entre sí. Despues, no sabiendo cómo ó por qué, se la acerca á los labios, la besa, la torna á besar, y como si una fuerza superior le obligase, la acerca al pecho y se la aprieta sobre él.

Lo que pasó en aquel instante por su alma, él mismo nunca lo pudo declarar del todo. Lo cierto es que ya desde entónces fué otro. Se sintió como trocar dentro el corazon, caer una venda de los ojos, henchir la mente de un resplandor en el cual parecióle ver clara la verdad, y que una voz interior suavísima le afirmaba: "Soy tu madre celestial." Siéntase conmovido, brotan sus ojos dulce llanto, y tocando el botoncito de la campanilla, llama á su dulce madre. Acude la señora. Mas cual fué su asombro al ver á Carlos que, mostrándole la medalla, entre sollozos le dijo:

—Mamá, mire Vd., no la guise de sus manos, y hame vuelto en una rosa! ¡Oh, cierto, es verdad que este ramillete viene del paraíso! ¡La Virgen! ¡Cuán buena es la Virgen! ¿Lo creerá Vd.? ¡He recobrado la fé, ahora ya creo en ella, y la amo como Vd.!

No pudo añadir otra cosa, sino que incli-

nando el rostro sobre el cuello de la madre, se lo inundó de fervientes lágrimas.

Lo que siguieron razonando los dos, los ímpetus de alegría de la una, y las ardorosas protestas del otro, que la fé le había renacido toda entera, cual la había gozado en la inocencia de sus juveniles años, y otras cosas semejantes, no son para referidas. Todo ello puede entenderse de las palabras que él había dirigido á la madre:

—Ahora ya creo en la Virgen, y la amo como Vd.

XII

Pocas horas despues hallábase al lado de Carlos aquel Padre que, ménos de dos semanas hacía, había dicho á la dama:

—¡Espere Vd., y espere siempre, aún contra toda esperanza!

Lo había deseado cerca de sí el mismo Carlos, porque la madre le había asegurado que gozaba de su más plena confianza. Estaban solos en el aposento; y el jóven, sentado en la cama, ostentaba pendiente del cuello la milagrosa medalla; tenía delante sobre una mesita el ramillete de rosas, el Crucifijo de plata de su madre y una imágen de María Inmaculada, y se confesaba humildemente.

Terminado que hubo, tomó en sus manos la del ministro de Dios, que se había alzado sobre él para absolverlo de los pecados; besóla una y dos veces con éfusión, y acercándola al pecho:

—Padre mío, exclamó, le digo á Vd., en verdad que este es el día más hermoso de mi vida. ¡Cómo siento á Dios dentro de mí! ¡Cuán feliz soy! Reciba yo mañana á mi Redentor en el pecho, y despues descienda mi madre celestial á buscarme; moriré dichoso.

Habiéndose en efecto erigido la mañana siguiente un altar portátil en la antesala de la habitacion, el Padre celebró allí la Misa, y dió por Viático la Sagrada Eucaristía á Carlos, el cual la recibió deshechos en lágrimas los ojos. Aquella mañana rogó siempre con fervor, y suplicó á la Virgen que benigna quisiese bajar por su alma, toda transformada por la divina gracia.

Mas no fué así. Todavía sobrevivió quince días despues de su portentosa conversion, días de paz envidiable y de singular merecimiento para él; de gozo santo para la madre, conformada totalmente con la voluntad de Dios, y de notable edificacion para quien le trataba; de modo que parecía cambiado en otro del todo diferente, ó más bien en un ángel abrazado de amor hacia la Reina del cielo, según se expresaba el Padre.

No pensaba en cosas que no fuese Ella ó por Ella; no razonaba de otra cosa; no suspiraba, no se complacía en mirar otra cosa fuera del Crucifijo, la imágen de María, su ramillete de rosas. ¡Oh, aquel ramillete fué por tres días sus delicias! Y cuando las flores comenzaron á deshojarse, ordenó que se guardasen, y luego se pusiese mano en disecar cada una de ellas, que habían de ser el más preciado ornamento de su sepultura.

XIII

Las dos Hermanas enfermeras, que despues deseó tener día y noche para que le asistiesen, estaban admiradas de su extraordinaria piedad; ni podían acabar de comprender cómo un jóven tan seráficamente enamorado de la Madre de Dios fuese pocos días ántes un incrédulo, un negador de sus grandezas.

—No juzgueis, sin embargo, que se me hubiese apagado del todo la fé, decía una tarde á una de ellas: fingía que era así; quería persuadirme de esto, mas no acertaba. Un católico, educado como lo había sido yo, no pierde la fé á su voluntad. La fé yo la tenía en el fondo del corazón, y cada instante la sentía; pero la tenía oscurecida por el denso humo de las pasiones, vicios y errores. Tenga Vd., por cierto, sor Gabriela, que no es ateo el que quiere. Los llamados librepensadores son la raza más tonta y abyecta del mundo.

Por no someterse á la verdad de la fé, aceptan á ojos cerrados los absurdos de los embaucadores. Jáctanse como de gran cosa de levantar sus frentes contra Jesucristo y la Iglesia, y en cambio las inclinan delante de los charlatanes. Estos no son ni libres ni pensadores; son unos estúpidos, y yo que le hablo sé por experiencia lo que digo.

Todo esto, y algo más que esto, fué Carlos declarando al Padre, que diariamente le visitaba, y del cual también diariamente imploraba una absolucion sacramental. Entre otras cosas le manifestó que los remordimientos no cesaban nunca de atormentarle, particularmente cuando se acordaba de la muerte, y que su ateísmo era sólo de dientes afuera, y que dentro sentíase forzado á creer, y á menudo á temblar. Y esto no causaba maravilla á quien tiene práctica de almas que se fingen renegadas.

Deseaba ardientemente ser conducido delante del altar de la Virgen Inmaculada, á cuyos pies había su madre impetrado el prodigio de su conversion, y de cuyas gradas habíale venido el ramillete de rosas del paraíso, escogido de María para instrumento de gracia tan inefable. Pero los médicos se lo prohibieron terminantemente, por ser de gran peligro á su vida llevarlo, aunque fuese en silla de manos.

Tuvo, pues, que desistir, y contentarse con una copia en fotografía de aquel devotísimo cuadro, la cual junto con el Crucifijo, tenía siempre delante, y unidos á estos objetos sagrados, asimismo el retrato de su buena mamá, soliendo decir á las Hermanas que aquellos eran sus tres amores.

Transcurridas dos semanas en ejercicio constante de virtudes las más sublimes, habiéndose alimentado tres veces con el Pan de los Angeles, y fortalecido con la Extremaunción, á los diez y seis días de su repentina conversion, media hora despues de haberse nuevamente confesado, en ocasion que la madre y las Hermanas junto á su sofá rezaban juntas el rosario, Carlos dió de repente un gemido roneo, dejando caer la cabeza á un lado de las almohadas. Hábiale cogido el desmayo final de la vida. Con la velocidad del rayo corre á él la señora, lo toma en brazos, lo levanta, lo acerca á su mejilla, le llama, le repite muchas veces los nombres de Jesus y María, le da el último beso. El alma de aquel hijo venturoso había pasado en plácido vuelo, de los brazos de su madre de la tierra á los brazos de su Madre del cielo.

XIV

En el sepulcro de la familia, la lápida de mármol que cierra el nicho donde descansan los restos embalsamados de Carlos, muestra pendiente de un gancho una pequeña urna de bronce dorada, y en ella bajo cristal se ve el seco ramillete de rosas, artísticamente dispuesto, y una cinta encarnada, que tiene bordada la fecha del "17 de Mayo," con el año. En el centro de dicha lápida se ha despues esculpido en finísimo relieve una graciosa imágen de la Inmaculada, con las manos abiertas y radiantes, y á su alrededor gira en caracteres de esmalte azul, por epígrafe, el conocido verso:

*Quo Deus imperio, tu prece, Virgo, potes.*

Siete días ántes de su tránsito, Carlos había dicho al Padre confidente de su alma:

—Despues que haya muerto, en el tiempo que le parezca oportuno, le ruego que haga público este suceso mío: se lo pido por amor y por la gloria de mi Madre del paraíso, por el bien de otros jóvenes, que pueden aprender mucho de mi ejemplo.

El Padre dióle formal palabra de hacerlo. Creído despues que era llegada la oportunidad de este tiempo, la piadosísima señora su madre, en el billete en que daba un pleno consentimiento á la divulgacion, ha escrito: "Publíquese este milagro de la misericordia de María, aun para aliento de tantas pobres madres que deben llorar, como yo lleré, los

extravíos de sus hijos, bien educados á costa de infinitos sacrificios. No se cansen estas madres de rogar y esperar. Esperen, como Vd., reverendo Padre, me decía tan justamente, esperen aun contra toda esperanza. Tarde ó temprano echarán de ver que la Inmaculada Madre de Dios, es con toda verdad y de hecho, *la Omnipotencia suplicante.*"

Sólo añadiremos per concluir, que el hecho referido es verdadero en todas sus partes.

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

VI

Quando miro una lágrima furtiva  
Próxima á desprenderse de tus ojos,  
Me parece una perla abandonada  
En un verde retoño.

VII

¿Sabes por qué, niña hermosa,  
Abren su broche las flores,  
Y exhalan gratos olores  
Del rubio Febo al calor?

Porque sienten las caricias  
De la luz de la mañana,  
Que en sus pétalos de grana  
Imprime un beso de amor.  
—¿También la luz enamora?—  
—Sí, niña, y el aura pura,  
Y el ave que en la espesura  
Modula bello trinar.

También ama el arroyuelo  
Que se desliza en el prado,  
Y el torrente despeñado,  
Con su fuerte rebramar.

—Y la fuente cristalina?  
—También, y la casta aurora,  
Que con sus rayos colora  
La azucena del pensil;

Y los astros rutilantes  
Que giran en el espacio,  
Las cascadas de topacio,  
Y los céfiros de Abril.  
Desde la gasa flotante  
Que vaga por los collados,  
Y el ruiseñor de los prados  
Hasta el alegre turpial,

Todo, niña, amor encierra,  
Porque su virtud divina  
En todo el orbe domina  
Con su magia perennal.

VIII

¿Me dices que si te amo,  
mi vírgen hechicera,  
Que si mi pecho amante  
jamás te olvidará?

Te quiero tanto, niña,  
que sin tu voz muriera  
Como el sonriente lirio  
marchito en la pradera,  
Cuando le falta el beso  
del aura que se va.

Pregunta á la violeta  
si quiere al arroyuelo  
Que baña su corola  
con límpido cristal;

Y al pajarillo, dile  
que si ama al verde prado  
Do trina los cantares  
que su amoroso anhelo  
Formara al soplo suave  
del viento matinal.

Diránte que sus horas  
de dulce remembranza  
Nacieron del impulso  
de su inocente amor:

Que sus delicias tienen  
risueña lontananza,  
Porque les da su néctar  
divino la esperanza,  
Que llena su retiro  
de espléndido verdor.

¿Podré, mi bien, no amarte,  
si tu sonrisa pura  
Me brinda enamorada  
raudales de placer,  
Si en tu pupila miro  
la luz de mi ventura,  
Que guía á el alma ansiosa  
de plácida ternura,  
Hacia el divino cielo  
que me haces entrever?  
Podrá la fresca rosa  
que se abre en la mañana,  
Ya mustia y sin esencia,  
su cáliz deshojar;  
Podrá la bella aurora  
que tiñe y engalana.  
Las nubes vagarosas  
con refulgente grana,  
Sus fúlgidos colores  
con sombras ocultar;  
¡Pero poder no amarte  
mi pecho, que te adora  
Con el cariño inmenso  
que encierra el corazón?  
¡Jamás! Cuando me falte  
tu voz arrulladora,  
Y el cruel olvido borre  
tu imágen seductora,  
Veré morir las flores  
de mi última ilusión.

## IX

En el silencio augusto de la noche,  
Cuando la luna triste fulguraba,  
Te llevé las violetas,  
Que en tu balcon hallaste en la mañana.  
¿No te dijo su cáliz perfumado  
Que sus hojas azules encerraban  
De amor un casto beso,  
Que mi ardiente cariño te mandaba?

## X

Llegó, Sabina, el plácido momento  
En que puedo llamarte: "esposa mía,"  
Hoy empiezan mis horas de alegría,  
Al tierno halago de tu dulce acento.  
Cesó el temor continuo de perderte;  
No más lóbregas noches de tristura;  
Hermoso brilla el sol de mi ventura,  
Que no podrá eclipsar la misma muerte.  
Al pie de los altares he jurado  
Alfombrar tu camino con mis flores;  
Tuyos son mis ensueños seductores  
Y el cantar de mi pecho enamorado.  
Pasaremos del mundo los abrojos  
Al calor de lozana primavera;  
Tú á mi lado sonriendo placentera,  
Yo bañado en el fuego de tus ojos.  
Aunque venga la nieve del invierno,  
Y cubra nuestras bellas ilusiones,  
No podrá marchitar los corazones  
Que hicieron del amor un lazo eterno.  
Bendita seas, mañana deliciosa,  
En que piso del cielo los umbrales;  
Con tus rosas y lirios estivales,  
Coronaré la frente de mi esposa.

(Continuará.)

## LA LOCURA DE MI AMIGO.

TENGO yo un amigo, que fuera de que suele pegarle á su mujer cada paliza que tiembla el misterio, y de que suele hacer préstamos al mil por ciento, y de que suele no dejar honra sana con su lengua de hacha, por lo demás es un excelente sujeto, muy corriente y, sobre todo, muy ilustrado.

Sosteniendo días pasados con ese amigo una de esas conversaciones con que aseguran que se mata el tiempo, decíame:

—Yo no puedo creer lo que nos cuentan los curas de que Dios lo ve todo, lo oye todo y lo sabe todo, hasta el extremo de vigilar desde el fondo de la eternidad todas nuestras acciones para darles su premio ó su castigo.

Contestacion mía:—Algo de eso me pasa á mí, pero no con Dios, sino con el relojero de la esquina.

—Hombre, eso sí que es raro.

—Lo que usted oye: se me ha metido en la cabeza que el infeliz, creyendo tener buenos ojos, buen oído, buenas manos y muy buena inteligencia para su oficio, ni ve, ni oye, ni sabe una palabra de lo que se hace.

—¿Cómo puede ser eso?—me replicó sorprendido; ¡pues si precisamente acaba de arreglarme este reloj!—añadió sacando del bolsillo un magnífico cronómetro,—que como usted ve es una soberbia pieza, bonita y bien construída, y que no sólo señala las horas, sino que además señala los días del mes, los meses del año, los cuartos de luna y las cuatro estaciones, amen de una preciosa sonata de música que repite cada vez que se toca cierto muelle.

—Sí, señor,—contesté yo;—comprendo que el reloj es muy bonito, que está muy bien construído, que su mecanismo es ingeniosísimo, que es muy linda la música que toca, y todo lo que usted quiera; pero ni por esas me convence usted de que el autor de ese reloj no sea ciego, sordo y manco y que, por añadidura, no entienda ni una palabra de relojería.

—Pero, hombre, no sea usted bárbaro—gritaba ya cargado mi buen amigo.—¿Cómo quiere usted que un ciego haya podido dibujar cosa tan linda, que un sordo haya podido inventar música tan agradable, y que un torpe sin inteligencia ni poder haya podido combinar tanta rueda, tanto muelle, tanto engranaje y tanta diablura? O usted está loco, ó se burla de mí.

—Ni estoy loco, ni me burlo de usted, querido mío,—le repliqué con gran calma;—antes por el contrario, discurro tan sabiamente como usted discurría hace poco.

—¿Como yo?

—Sí, señor; usted ha empezado por decirme hace un momento que no podía creer de ningún modo que Dios viese, oyese y combinase todas las cosas por medio de su sabia providencia, y yo, siguiendo la doctrina de usted, digo lo mismo de mi vecino el relojero.

—Está bien;—contestó mi amigo un poquito turbado, presintiendo á dónde yo iba á parar;—pero tenga usted en cuenta, que usted lleva su terquedad hasta un extremo muy ridículo, pues cuando se tiene delante una obra maestra como la que yo pongo ante su vista, á no haber perdido el juicio, nadie se atreve á decir como usted que esa obra la hizo un tonto, manco, sordo y ciego.

—Pues si eso es así,—le contesté yo,—si es necesario estar loco para sostener que sin inteligencia, sin vista y sin oído puede construirse un reloj que señala las horas, los días y las estaciones; ¿cree usted, desdichado, que estará en su razón el que afirme que no ha sido preciso oído, vista, poder ni entendimiento para construir este gran reloj que se llama el mundo, que no señala las estaciones, sino que las produce, y que no señala los días, sino que los hace? ¿Si el que construyó el reloj de usted no pudo menos de tener ojos, el que construyó el ojo, puede suponerse que estuviere ciego? ¿Si el que organizó las ruedas de ese cronómetro, no pudo hacerlo sin inteligencia, el que hizo la inteligencia le parece á usted que careciese de ella? Y ahora bien, amigo mío, ¿quién será más loco, usted que dice que Dios ni ve, ni oye, ni sabe lo que pasa en el mundo, ó yo que digo que el relojero de la esquina no tiene ojos, ni manos, ni odios, ni entiende de relojería?

Aquí mi interlocutor perdió los estribos, y no sabiendo por dónde tirar, hizo lo que en tales casos suelen hacer muchos que se dicen sabios: empujarse sobre su propia ignorancia y amontonar palabras huecas que ni las entiende quien las oye, ni quien las dice.

—Usted no cuenta—replicó—con las fuerzas físicas, las leyes de la naturaleza, las...

—¿Qué fuerzas, ni qué leyes, ni qué caracoles?—le interrumpí:—todo eso son palabras y nada más. Si el que hizo el reloj necesitó tener ojos, el que hizo el ojo ¿pudo estar

ciego? Si el que construyó la máquina necesitó tener inteligencia, el que hizo la inteligencia ¿pudo carecer de ella?

¡Ah, filósofos pedantes! ¡Ah, sabios majaderos! ¿De qué os sirve llenar tantos libros de palabras huecas, si cuando llega la hora de discurrir sobre la cosa más sencilla y más natural del mundo, la echais á perder y lo haceis peor que el más humilde labriego? Eso quisierais vosotros, que Dios no os viese. Señal de que lo que haceis no es para visto. Si, por el contrario, vuestra vida fuese pura, no pasaríais el tiempo inventando argumentos para negarle la vista á Dios, sino que tendríais gran interés en concedérsela muy larga y perspicaz para que no se le pasasen por alto vuestros sacrificios. ¡Desdichados! Si aquí hay algún ciego, sois vosotros.

Después de estas palabras, y pasados algunos instantes, volví la cabeza y miré á mi amigo, que parecía abstraído.

—¿En qué quedamos?—le interrogué volviendo á mi tono habitual.

Pero mi amigo no me contestó.

Miraba al suelo y repetía como si nadie le oyese:

*Si el que hizo el reloj necesitó tener ojos, el que hizo nuestros ojos ¿cómo pudo estar ciego?*

Momentos después se separó de mí en silencio.

Desde que tuvimos esta conversacion, pasaron algunos meses sin que volviese á verle. Me extrañó que así sucediera, y pregunté por él á otro amigo que lo era de los dos.

—Calle usted,—me dijo,—no le conocería usted.

—¿Pues qué le pasa?

—No lo sabemos, pero le aseguro á usted que es otro hombre; usted recordará que era algo usurerillo.

—Ps!...

—Pues está restituyendo todo lo mal adquirido. Además, usted sabe que tenía bastante abandonada á su familia y que á la chita callanda, solía darle algunos palos á su pobre mujer; pues hoy es un modelo de padres y esposos. En fin, usted sabe que su lengua era un hacha... pues hoy no despliega los labios, sino para decir la verdad y para hacer justicia.

¡Lástima que su cabeza esté algo extraviada!

—¿Cómo extraviada? ¿Es posible?

—Así lo creen muchos al ver que dice cosas que no vienen á cuento.

—¿Y qué cosas son esas?

—Pues mire usted, dice: *Si el que hizo el reloj, necesitó tener ojos, el que hizo nuestros ojos ¿cómo pudo estar ciego? Luego es indudable que Dios nos ve.*

Ya comprende usted que eso no viene á cuento.

—¡Ah! vamos, pues si no es más que eso dé usted un recado á su mujer y dígame de mi parte, que le pida á Dios conserve á su marido la locura.

—¿Por qué?

—Porque si no, va á tener que poner otra vez las costillas en remojo.

Está visto, caballeros. Hay ilustraciones que no producen más que garrotazos, usuras é infamias.

En cambio hay locuras que producen virtudes.

De donde yo deduzco, que los verdaderos cuerdos son los que el mundo llama locos. Y los verdaderos sabios, los que el mundo llama ignorantes.

¡Si sería por esto por lo que Jesucristo echó mano de doce ignorantes para salvar al mundo!

ADOLFO CLAVARANA.

¿Que si tengo ilusiones?.. Quién olvida que imposible es perdela? La más grande ilusión de nuestra vida es la de no tenerlas.

## Historia de una conversión.

**Y**TU, Teodosio, tan irresoluto, dime, ¿qué te ha convencido?

—Te contaré—respondió Teodosio—la historia de una sierva de la Santísima Virgen. ¿Recuerdas, Efrén, aquella joven obrera que utilizaba mi esposa, tan hermosa y tan modesta? Se llamaba Eulalia Duval, muy trabajadora, que tenía que atender á su madre enferma y á un hermanito con un jornal bien insuficiente. Su continuo trabajo y las privaciones la hicieron enfermar en ausencia de mi esposa, y la miseria sobrevino y la joven murió. Regresamos de Versalles algunos días ántes de su muerte, ya tarde para salvarla. Mi esposa, que la visitó, volvió á casa muy emocionada.

—Ven, ven—me dijo—á ver el espectáculo más triste y hermoso que puede ofrecer el mundo.

En una habitacion fría y sobre pobre lecho, reconocí á Eulalia moribunda y tranquila. Me apresuré á manifestarla nuestra pena y á prometerla nuestros asiduos cuidados. Agradeciolo, pero dijo: “Dadlos á mi madre. Yo no los necesito.”

—Desechad tan tristes pensamientos—repliqué,—no hay que desesperarse.

—Pero—continuó Eulalia con indefinible sonrisa—si espero mucho, y no es triste ir á ver á Dios.

—¿No sufre usted?

—Soy dichosa.

—Desea usted vivir para su madre.

—Dios cuidará de ella.... Rogaré mucho por ella, y bien sabe el Señor—añadió con profunda expresion—cuánto la he amado.

Al decir estas palabras tomó la mano de mi esposa.

—Señora—dijo,—su esposo de usted será uno de los buenos protectores de mi madre, por amor de Dios.

—Sí—exclamó mi mujer con un acento que jamás olvidará mi corazón,—sí, por amor de Dios.... Y usted, Eulalia, lo protegerá en la presencia de Dios.

—Y Dios accederá á mis ruegos—añadió Eulalia.

La señora Duval, al despedirnos, dijo que no conocía á su hija. Antes apenas conversaba con sus amigas más íntimas, y el pensamiento de la muerte y el juicio de Dios la hacían estremecer de espanto. Ahora—añadió—habla con facilidad y aun autoridad á todos, y espera tranquilamente su última hora. Mas dice cosas asombrosas. ¿Creerá usted, caballero, que yo, su madre, que pierdo con ella su sosten y su alegría, experimento una especie de felicidad? Cree mi niña querida, y está persuadida, de que va á juntarse con Dios, y yo lo creo lo mismo que ella, y no delira, pues conserva su pleno juicio, y ve cosas que nosotros no vemos. Hay momentos en que sus ojos expresan el éxtasis; parece oír palabras celestiales, y me arrodillo porque creo que nuestra pobre habitacion está llena de ángeles que vienen á auxiliarla en su agonía; y cuando el dolor la arranca algunos suspiros, la digo: ¿Sufres? y me responde lo mismo que á usted: “Soy dichosa.” Alguna vez la he dicho: ¿No sientes abandonar á tu madre? Y me ha dicho; “Ya la consolaremos.” En fin, ¿qué más podré decir á usted? Aun vive en la tierra y no está en ella, y viendo su felicidad no puedo llorar.

La pobre mujer, sin embargo, lloraba y veía morir sin espanto á su hija.

Había yo oído hablar de la serenidad de la muerte cristiana, y no creía, diciendo como La Rochefoucauld: “La muerte y el sol no pueden mirarse;” pero la ciencia de Dios tiene sus maravillas, ignoradas de la ciencia humana.

Movido por irresistible impulso volví á casa de la señora Duval una hora ántes de la media noche. Presa Eulalia de violenta crisis,

casi sin voz, en su semblante se veían impresas las huellas de la muerte, huellas augustas é inefables. La señora Duval encendió una vela, que me rogó sostuviese en la mano casi inanimada de su hija, y comenzó las plegarias de los agonizantes. Solos ella y yo al lado de la moribunda, las leía la pobre anciana con débil y entreeortada voz: yo oía sin responder. De repente, la moribunda, dirigiéndose á su madre, la dijo sonriendo: “No se cansen ustedes, madre, me las leen.” La señora Duval me miró de un modo que nunca olvidaré y se prosternó. Yo, que estaba en pie, hice lo mismo, por primera vez. Nada oía, porque con mis ojos clavados en el rostro radiante de Eulalia y en sus labios, movidos por interior oracion, todo lo oía, y cuando más tarde leí plegarias tan sublimes, me pareció reconocerlas.

Pasados algunos momentos, Eulalia hizo la señal de la cruz, oyóse un suspiro dulce y profundo y quedó inmóvil, sin respirar, fría y con los ojos abiertos. Creíamos que había muerto, y su madre, temblándole las manos, quiso cerrarle los párpados, pero la contuvo un ligero movimiento de los ojos y labios de su hija. Inclinéme sobre ella, y oí estas palabras: “Aún no, el día de la Santísima Virgen, mañana por la mañana.” Asombrado, determiné esperar, y, en efecto, sin crisis ni convulsion, el sábado por la mañana Eulalia murió.

¿Pensáis que me fuí de allí para examinar mi conciencia y hacer confesion general? No: estaba perturbado, pero no decidido. Admiré la fortaleza del sentimiento religioso, y busqué explicaciones que me dispensasen de ceder á la evidencia. Dios tuvo compasion de mí, y permitidme la expresion, no me soltó. Todas las compañeras de Eulalia asistieron á su entierro, pobres muchachas, con una modestia y dignidad que me sorprendió mucho, y se lo dije á mi esposa.

—Son—me dijo,—la honra de la ciudad; todo lo que ves es puro y humilde. Todas amaban á Eulalia, y más de una imitará su vida y morirá como ella.

Cuando Dios quiere, todo se cumple.... Desde aquel día soy cristiano.

LUIS VEUILLOT.

### MADRE PATRIA.

¡Alienta todavía

el gran pueblo español que entre los males aumenta su energía, llevando, cual solía,

el No importa en sus labios inmortales.

De su valor la inmensa calentura

á par que lo devora lo engrandece.

Sublimemente cuerdo en su locura,

triunfa porque enloquece!

Cuando Napoleon, bestia sangrienta,

desató en tus campañas sus furoros,

vencedor de los galos vencedores

desataste tu cólera violenta!

El buitres colosal, ensangrentado,

clavó en tu corazón su picadura;

le abriste el pedho lleno de bravura

y luchaste indefenso en la llanura

hasta verlo á tus pies estrangulado!

Si en desigual jornada

el heroísmo triunfa de la espada,

la locura sublime siempre sea,

y en ella asegurada

tu vida y honra y majestad se vea!

Hoy, madre España, con furor insano,

el odio vil erecto

te desafía en el revuelto llano,

el alma criminal del insurrecto,

más negra que su cara de Vulcano!

Y te lanza rapaz su desafío

el coloso del Norte traicionero,

ese idiota con sangre de judío.

¡Despierta, España, tu vigor, despierta,

y lucha como Roma hasta la muerte

si los bárbaros llaman á tu puerta!

Como robusta juvenil entraña

en tus hijos alienta el patriotismo  
y te saben amar con heroísmo  
en paz y en guerra y en amor y en saña!  
Cuando pueblos sin honra y sin destino  
se entregan á rapaces ambiciones,  
tú sólo, de la gloria en el camino,  
defenderás con tu valor latino  
el dogma del honor de las naciones.  
Y correrán los siglos.... y la historia  
esculpiendo con mano justiciera  
la humanidad entera,  
juntará, coronándolos de gloria,  
el pueblo de Israel que solitario  
atajó de cien pueblos la avalancha,  
con el pueblo español que temperario  
á par que civiliza el mundo ensancha!

Joaquín Juanes G.

á897.

## PROTECCION DE MARIA.

### LOS SOLDADOS DE MARIA INMACULADA.

(Episodio histórico.)

**C**ORRIA el año 1585, y el rey Felipe II de España sostenía en Flándes una cruenta y dispendiosa guerra.

Mandaba en Flándes las armas españolas el gran Alejandro Farnesio, duque de Parma y sobrino de Felipe II, general que en su siglo no tuvo rival, aunque tantos grandes generales en el transcurso de aquel se contaron.

Y como corriera ya el mes de Diciembre, y el frío fuese demasiado intenso, acompañado de torrenciales lluvias, Alejandro distribuyó sus tropas de la mejor manera que le fué posible, para que tomasen cuarteles de invierno.

Tocó al general Carlos de Mansfeld, hijo del veterano conde Pedro Ernesto, el mando de siete tercios extranjeros y cuatro de escogidos españoles.

Uno de los últimos, mandado por el maestro de campo Juan del Aguila, acuarteló en Balduque, y los tres restantes pasaron á la isla de Bommel al mando del maestro Francisco de Bobadilla.

El enemigo, que muy rara vez peleó lealmente, al ver la fatal posición que los españoles ocupaban por culpa de Mansfeld, que dió la mejor colocacion á los extranjeros,—rompió los diques é inundó los campos, convirtiendo en un verdadero río toda la isla.

Comprendió pronto Bobadilla que los españoles corrían inminente peligro, é inmediatamente los hizo subir á las colinas y elevaciones del terreno, ocupó las casas del único pueblo que en la isla existía, y situó su artillería en posición de defenderse.

Poco despues apareció á la vista de Bobadilla la armada enemiga al mando del conde Holak, general protestante, en 93 barcos de quillas chatas, á propósito para hacer aquel género de navegacion, como que era en aquella guerra muy usual el romper los diques é inundar los campos y navegar por ellos.

La impensada y terrible avenida privó á los españoles del socorro de víveres que tan necesario les era, y debían recibir de Balduque: y si el fuerte corazón les animaba, les aterraba la perspectiva del hambre asoladora.

Tan segura tuvo el conde de Holak la victoria, que dió aviso á los pueblos comarcanos, á fin de que preparasen depósitos para los prisioneros, del mismo modo que si ya en su poder estuviesen.

En efecto, por medios humanos la salvacion de los españoles era imposible. Ni Juan del Aguila, ni Farnesio, ni Mansfeld podían socorrerlos porque la carencia de barcos era absoluta.

En tan apremiante situación, mandó Holak á Bobadilla un parlamentario con proposiciones de rendición. El intrépido español, empero, contestó bruscamente: “Los soldados

españoles saben morir con valor, pero nunca aprenderán á capitular con herejes."

En tanto el hambre crecía; y este fatal enemigo ni da tregua ni perdona.

Mañana serán míos [dijo Holak con sarcástica risa,] y pagarán sus bravatas.

Pero en el mismo día—era el 7 de Diciembre, vigilia de la Inmaculada Concepcion—comenzó el agua á crecer á consecuencia de las incensantes lluvias, y Bobadilla mandó elevar los parapetos.

Uno de los soldados, cavando para sacar tierra en un punto poco distante de la iglesia, sintió que la azada había dado contra un cuerpo duro. Examinó lo que era, y descubrió una tabla alta de tres cuartas por media vara de ancha, y sobre ella vió pintada, como si recién hecha estuviese, una hermosa imagen de nuestra Señora de la Concepcion.

Llama á otros compañeros, la voz circula, llega hasta Bobadilla: éste manda cesar los trabajos, reúne los tercios, y lleva en triunfo y procesionalmente al templo el sagrado hallazgo.

No se oye otro grito que el de victoria.

—¡Nos hemos salvado! claman todos. ¡La Santísima Patrona de España está con nosotros, y por nosotros vencerá!

Y aquellos hombres ateridos, ya casi fámélicos y destituidos de toda esperanza humana, abandonan todo pensamiento mundanal para colocar su esperanza en el cielo.

Efecto natural pudo ser; pero es lo cierto que durante la siguiente noche se levantó un viento intensamente frío, que congeló completamente las aguas.

Tan aceleradamente se formó el hielo, que Holak, temiendo que su poderosa armada quedase incrustada en las cristalizadas aguas, huyó á fuerza de remos hasta llegar al Mosa, y desapareció.

Cuando rayó la aurora, se encontraron los españoles librers de enemigos, y vieron congelada el agua.

Fué, empero muy notable que pocas horas despues, como si el hielo hubiese ya cumplido el ministerio que le encomendara el Supremo Hacedor, más cálido el aire, deshizo el hielo; y Mansfeld, reunidos algunos barcones y ya próximo á la isla cuanto era posible, forzó la navegacion y llevó á los milagrosamente salvados los necesarios socorros.

Sin tan peregrino prodigio, cinco mil españoles hubieran perecido en la isla Bommel.

D. S. DE A.

## LEYENDAS

Y

### Tradiciones queretanas

POR ALTER.

LVI

LA ACADEMIA DE SAN FERNANDO.

**T**RUNCANDO el ángulo que forman las calles de D. Juan Antonio del Castillo y Llata y del Serafin, frente al costado Sur del Mercado Escobedo, se ve un grande edificio cuya fachada da á conocer el estilo y gusto de la época en que se hizo.

El Br. D. Juan Caballero y Osio, el hombre más desprendido que ha dado Querétaro, fué quien dió un capital de \$21,000 para que bajo los auspicios de la V. Orden Tercera, se hiciese una escuela para niños pobres, lo cual fué ejecutado al pie de la letra, inaugurándose el 30 de Julio de 1804, proveyéndose de á luego de tres maestros; uno con \$600 00 otro con \$350 00 y otro con 300 00 de sueldo, y todos tres con casa para vivir.

Más tarde el no ménos insigne D. Juan Antonio del Castillo y Llata, Condé de Sierragorda, fundó en 1808 en los altos de esta escuela, la Academia de dibujo con una dotacion de \$19,500 00 y bajo el título de San Fernando nombre del Rey Fernando VII

que ocupaba en su época el trono, y proveyéndola á la vez de dos maestros; uno con \$600 00 y otro con \$250 00 de sueldo.

La escuela de primeras letras se le puso por título de la Purísima.

En Agosto de 1806 fueron los primeros exámenes de la Academia de dibujo.

Con excepcion de alguno, todos los pinceles que han dado renombre á Querétaro, de allí han salido; y aun cuando en el salon principal está el retrato de este benefactor, es tal la ingratitud propia de la flaqueza humana, que pocos de los que siguen el divino arte han de conservar la memoria de su bienhechor.

Sobre la puerta principal existió el escudo de la Tercera Orden, de relieve en cantera, hasta este año de 97 en que se tuvo la feliz (?) ocurrencia de desmenuzarlo, para poner en su lugar un letrero que mañana desaparecerá con la intemperie.

Si en vez de aquel escudo que olía á catolicismo, blason de los religiosos franciscanos, se hubiese colocado el escudo de armas del Coronel D. J. Antonio del Castillo ó el de el Br. D. Juan Caballero y Osio, se habría patentizado la gratitud que Querétaro les debe; pero un simple letrero, sencilla indicacion del monumento, fué muy poco hacer.

Este monumento nos recuerda un grande acontecimiento político de nuestra patria. El vasto salon que sirve para la enseñanza de primeras letras, sirvió para que en él se celebrasen las sesiones del Congreso Nacional en 1848, época en que se trasladaron los poderes de la Nacion á esta ciudad; y en el mismo salon se discutieron los tratados de paz con los Estados Unidos, firmándose allí mismo el 30 de Mayo del citado año por los Señores Luis de la Rosa, Ministro de Relaciones de México y Nathan Clifford y Ambrose H. Servier, representantes de los Estados Unidos.

Este contrato fué autorizado y firmado por el Sr. Presidente D. Manuel de la Peña y Peña, en la pieza que está á la entrada mano izquierda de la casa número 3 de la calle tercera de San Antonio, en donde vivía, y cuya pieza fué su despacho.

En la época que gobernó esta ciudad el Gral. D. Antonio Gayon, fué renovado este establecimiento tal y como hoy se ve, suprimiendo las graderías que había á ámbos lados del salon.

En las elecciones locales, tambien ha sido teatro de acontecimientos más ó ménos ruidosos, en la época del libre sufragio.

Hoy todavía existen ámbos establecimientos y con igual objeto, aunque á cargo del gobierno desde la secularizacion de bienes eclesiásticos; mas con la grande diferencia, que antes recibía la clase pobre á la vez que nociones de ciencia, educacion religiosa y hoy desgraciadamente falta lo segundo y principal, debido á nuestras actuales instituciones.

## EL AFAN.

Había una vez un hombre que cortaba piedras de una roca. Su trabajo era largo y penoso y muy pequeño su salario, por lo que suspiraba tristemente. Un día cansado de su ruda tarea, exclamó:

—¡Oh! ¡Por qué no seré yo bastante rico para pasar la vida tumbado sobre un blando lecho, provisto de cortinas que me libren de los mosquitos?

Entónces un ángel descendió del cielo y le dijo:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

Y el hombre fué rico y reposaba sobre un blando lecho, provisto de cortinas de seda roja.

Pero he aquí que el rey de aquel país llega en su magnífica carroza, precedida y seguida de lujosos caballeros, y rodeado de ser-

vidores que sostienen una sombrilla de oro sobre su cabeza.

El rico se sintió entristecido por este espectáculo, y dijo suspirando:

—¡Oh, si yo pudiese ser rey!

Y el ángel, descendiendo del cielo, le dijo:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

El hombre fué rey y se paseaba en una magnífica carroza precedida y seguida de lujosos caballeros, y le rodeaban servidores que sostenían sobre su cabeza la sombrilla de oro.

El Sol brillaba de tal modo, que sus rayos quemaban la yerba.

El rey se abrasaba de calor y decía que quisiera ser como el hermoso astro.

Y el ángel descendiendo del cielo, le dijo:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

Y el rey fué transformado en Sol y sus rayos se derramaban sobre la tierra, abrasando las yerbecillas y haciendo brotar el sudor del rostro de los reyes.

Pero una nube se eleva en los aires y tapa su luz.

El Sol se irrita de ver su poder menospreciado, y grita que se cambiaría por la nube.

Y el ángel descendiendo del cielo y le dice:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

Y el Sol se convierte en nube que da sombra á la tierra, y las yerbezuelas reverdecen.

Y la nube se abrió y de sus flancos corrieron torrentes de agua que inundaron los valles, devastaron las mieses y ahogaron las bestias; pero nada podían contra una roca, á pesar de embestirla el oleaje por todos lados.

Entónces gritó la nube:

—Esa roca es más poderosa que yo; quisiera ser roca.

Y el ángel descendiendo del cielo y le dice:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

Y la nube fué cambiada en roca, y ni el ardor del Sol ni la violencia de las lluvias podían conmoveerla.

Pero llega un obrero, y con su martillo comienza á golpearla, haciéndola pedazos, y la roca grita:

—Este obrero es más poderoso que yo.

¡Quisiera ser obrero!

Y el ángel descendiendo del cielo y le dice:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

Y el pobre hombre, transformado tantas veces, vuelve á ser el picapedrero que trabaja rudamente por un pequeño salario y vive al día contento con su suerte.

¡Oh hombres! comprended que cuando Dios os colocó en un lugar, aunque diéseis vuelta á todos los de la naturaleza, en ninguna parte encontrareis descanso, sino en tornar al lugar en que estábais, porque allí cumplíais la voluntad de Dios, fuera de la cual no puede haber orden ni descanso en el cielo ni en la tierra.

¡Bienaventurados los que comprenden esta altísima verdad y saben cumplirla sometiéndose á los fallos de la Providencia, porque ellos habrán descubierto el secreto de vivir en paz!

¡AY!...

¿Cómo fué?... —Me encontraba yo léjos, fué de negra viruela atacado; avisóme su madre en seguida y vine volando.

¡Pobrecito! Mis pasos sintiendo volvió á mí, ya apagados, los ojos; y al no verme... lloró... los tenía ya ciegos del todo.

No recuerdo ¡ay! el tiempo que estuve á la cuna, sufriendo, abrazado; sólo sé que me alcé con mi niño sin vida en mis brazos.

Mariposa de alitas doradas que posarte en la cuna te miro, pues por él me preguntas, ya sabes qué fué de mi niño.